

Cohesión y mediación interpretativa en *Guzman de Alfarache*

ERNESTO LUCERO SÁNCHEZ
Universidad Autónoma de Madrid

Son ya varios los trabajos que hemos dedicado a diversos aspectos en los que incide la recepción inmanente en *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán¹. En estas páginas, presentaremos una cuestión tan concreta como determinante para la comprensión de la importancia de los filtros de la lectura en la consideración de la obra: la capacidad cohesiva de los receptores inmanentes y su virtualidad interpretativa, debida al papel de mediación entre el lector y el autor empíricos.

Como es sabido, el narratario es la figura de la recepción inmanente a la que se dirige el narrador de manera directa en un plano estrictamente intradiegético. Su presencia en nuestras novelas picarescas determina la subordinación de la pseudoautobiografía del pícaro, al fin y al cabo, imbuida en un marco dialógico, al punto de vista de ese destinatario inmanente, como primer anclaje interpretativo del texto por parte del lector real, quien, en función de las características del narrador y del propio narratario, se subrogará en la posición del lector implícito con una actitud de mayor o menor distanciamiento. El propio Gerald Prince (2001 [1973]), en su pionero trabajo, le atribuía ya al narratario, cualquiera que sea la forma que adopte, un conjunto de funciones, más o menos discutidas por los teóricos de la literatura:

El papel más evidente del narratario, un papel que desempeña siempre, es el de intermediario entre narrador y lector(es) o, más aún, entre autor y lector(es). Ciertos valores que deben ser defendidos, ciertos equívocos que deben ser disipados, lo son fácilmente por mediación de las intervenciones dirigidas al narratario.

1. Lucero (2007a y b, 2008 y 2010).

¡En efecto, el narratario funciona como «público» del narrador: «cuando no hay razón para dudar –dice–, la aprobación del narratario es garantía suficiente de que el narrador es fidedigno. Si, por otra parte, sospechamos que el narratario es muy crédulo, nuestra decisión es más difícil». Parece, pues, clave interpretativa de la obra en cuanto mediador por lo que resulta del máximo valor para, como dice Prince, estudiar la forma de funcionar de un relato, pues «En todo relato se establece un diálogo entre narrador(es), narratario(s) y personaje(s). Este diálogo se desarrolla –y, en consecuencia, también el relato– en función de las distancias que los separan a unos de otros»².

El cumplimiento de esta función de mediación con el lector depende, por tanto, de la consideración del grado de proximidad o alejamiento de las instancias intradiegeticas, que da lugar a distintos tipos de relación, con incidencia narrativa:

El narrador y el narratario pueden estar cercanos el uno del otro, pero alejados del personaje (por ejemplo, en el caso de la ironía); el narrador puede estar alejado y ha puesto al narratario y al personaje en estrecho contacto [...]; el narrador y el personaje están cercanos y alejados del narratario (como sucede en primera persona no fidedigna o ingenua); los tres están cercanos [...]; [o] los tres están alejados [...]³.

La mediación, condicionada de este modo, no se procura siempre de forma «directa». «Sucede a veces que las relaciones narrador-narratario se desarrollan de un modo irónico y, por tanto, el lector no puede entonces tomar al pie de la letra las afirmaciones que el primero dirige al segundo»⁴. Se debe, según Chatman a que el narratario es no fidedigno, como sucede según una parte de la crítica, con notables opositores⁵, en el desarrollo de la novela picaresca en general y en el de la obra que nos incumbe, en particular. Pero, añade el mismo autor que, si bien estos casos destacan la mediación del narratario gracias a su distancia del lector implícito, «la mediación también funciona en situaciones fidedignas»⁶.

En otro sentido, la mediación lectora tiene virtudes definitorias. Así, el narratario sirve o ayuda a caracterizar al narrador que lo ha concebido e intenta establecer con él un cierto tipo de vínculo. Puede, precisamente a partir de dicha relación, «subrayar un tema, ilustrar otro, desmentir un tercero» y «si el narratario contribuye a la temática de un relato, también forma parte entonces del marco de la narración». Se refiere Prince con estas palabras, reténgase, a un marco dialogístico al modo del *Decamerón*⁷. De hecho, las formas más directas de comunicación entre narrador y narratario «suenan claramente como trozos de la mitad que pertenece al narrador en un diálogo que está teniendo lugar entre los dos»⁸. No se olvide además, a nuestros efectos, que, como dicen

2. Hemos desarrollado estos aspectos y sus eventuales consecuencias bajo el título de «Posibilidades y límites a la interpretación de *Guzmán de Alfarache* desde las figuras de la recepción» (Lucero, 2008), que da cuenta de la ambigüedad radical de la obra en la encrucijada de la lectura que dimana de una difusa situación de la comunicación.

3. Chatman (1990 [1978]: 279).

4. Prince (2001 [1973]).

5. Rey (1979).

6. Chatman (1990 [1978]: 280). Ricardo Gullón (1983), apoyándose en William Ray, repite casi a la letra, si bien evita las clasificaciones con que expone estas ideas el primero de los tres citados.

7. Prince (2001 [1973]: 159-161).

8. Chatman (1990 [1978]: 276); y añade: «A veces el contexto indica un vacío en el diálogo, un hueco en la continuidad durante el cual el narratario debe [de] haber hecho una observación al narrador. Los autores

Reis y Lopes «la pertinencia funcional del narratario se evidencia sobre todo en relatos de narrador autodiegético u homodiegético, cuando el sujeto de la enunciación convoca expresamente la atención del destinatario»⁹.

Gracias a estas funciones, se puede entender que «el narratario es quien determina la estrategia narrativa adoptada por el narrador, una vez que la ejecución de esa estrategia intenta en primera instancia alcanzar a un destinatario y actuar sobre él»¹⁰. De ahí que el análisis de las estrategias narrativas que se concretan en un relato pase necesariamente por la ponderación del perfil del narratario, obviamente a partir de las más o menos visibles marcas que su presencia deja en el enunciado.

La recepción inmanente se introduce en el *Guzmán* por cualquier rendija, a través de cualquier intersticio: Desde luego, preside los comentarios, pero también figura en la narración autobiográfica y se halla presente en los monólogos, por desdoblamiento; puede, asimismo, apelarse al narratario desde el interior de un apólogo¹¹ o, incluso, en el seno de una novela intercalada¹², por lo que su presencia continua resulta apabullante, pero además, de esta manera, quedan ligados todos los elementos a la disertación principal bajo el signo permanente de la común recepción ya que así como «la doble perspectiva de narrador y conversador, al confluir en el presente del coloquio, está abarcada por su calidad de interlocutor, de modo que incluso cuando narra está actuando como tal», otro tanto sucede con el receptor.

menos seguros, indican tales elipsis con puntos suspensivos; los más sofisticados, no».

9. Reis y Lopes (1996).

10. Reis y Lopes (1996).

11. Por ejemplo, en el apólogo de las edades del hombre: «Júpiter le dijo que para servicio del hombre, refiriéndole por menor todas las cosas y ministerios de su cargo [...]; y con temor del trabajo venidero [...], quedó en aquel punto tan melancólico, *cual de ordinario lo vemos*, pareciéndole vida tristísima la que se le aparejaba» (II, 1, 3, 467; todas las citas proceden de la edición de la obra de Alemán a cargo de Florencio Sevilla Arroyo (2003), e incluyen el número de página de la referencia).

12. El caso de *Ozmin y Daraja* (I, 1, 8) es, sin duda, el más relevante, pero sintomático de lo que sucede. No solo se trata de una historia para alivio del camino a Cazalla de la que Guzmán, el personaje, tiene conocimiento como oyente. La historia de los enamorados se refiere por boca del propio Guzmán, «según se la contaron» (conforme reza el título, p. 163) pero se admite en el cierre del marco dialógico, que «más dilatada y con alma diferente nos la dijo [el canónigo] que yo la he contado» (p. 211). El supuesto es análogo al de la apropiación de cierto sermón, que estudian Cros (1971) y Smith (1978), pero lo que nos interesa destacar es que se reconoce explícitamente, de manera más palmaria que en los monólogos, la existencia de dos situaciones de la narración diferentes, condensadas a la postre en la de grado superior o, dicho de otro modo, se mantiene vivo el contacto con el narratario principal que, como mínimo, queda en posición de destinatario indirecto. La interlocución en el ámbito de *Ozmin y Daraja* ofrece las mismas peculiaridades que se pueden rastrear en el vínculo del narrador con el narratario. De hecho, resulta en ocasiones imposible determinar si las apelaciones que contiene propenden al destinatario directo dentro de la historia o es Guzmán, el conversador, quien se dirige a su alocutario en el nivel comunicativo principal. Tal es el caso del receptor de la pregunta retórica en: «¿Qué os parece tal desgracia [Ozmin preso]? ¿Cómo la sentiría la que adoraba su sombra (p. 204); del pronombre en el imperativo conclusivo: «Libreos Dios de villanos [...]» (p. 204); o de las llamadas referenciales o genéricas: «Veis aquí, al caer de la tarde, cuando entran los del juego de cañas en la forma siguiente [...]» (p. 188); «Y el alegría en el enfermo es el mejor jarabe y cordial epíctima; y así, es bien procurársela y, cuando alegre lo vieres, cuéntalo por sano» (I, 1, 8, 168-169). Incluso si en principio se puede asumir como claramente vinculada al paranarratario inmediato alguna de las alusiones, persiste la ambigüedad por la doble enunciación. En casos como estos de referencia ambigua a un interlocutor, propongo que siempre que no se pueda determinar un destinatario especial se entienda orientada al narratario ya que, en cierto modo, de su vínculo en copresencia con los lectores u oyentes representados parece seguirse este tipo de relación.

Con ello se logra que autobiografía y diálogo, narración o conversación, novela y digresión, ficción y doctrina o sátira... sean una misma cosa [...] Diríamos que la confluencia de las diversas perspectivas en el presente coloquial diluye irresolublemente los límites. Por eso no debe extrañar que, frecuentemente, lo digresivo funcione como materia novelesca [...] o que, al contrario, lo narrativo actúe en sentido satírico moral¹³.

En pocas palabras, la tradicional escisión observada en la dualidad de consejos y consejas de la poética historia se trasciende por virtud de este procedimiento¹⁴, así como la tendencia miscelánea queda férreamente sujeta. Desde este punto de vista, la función esencial que ha de asignarse al narratorio, en cuanto instancia más relevante de la recepción textual, posee carácter estructural ya que determina la selección de lo dicho y el progreso de la narración: consiste en la capacidad de la recepción inmanente para lograr la trabazón de materiales diversos bajo un mismo prisma y, en consecuencia, permitir la transición de unos a otros, reclamar la presencia de cuestiones ajenas al discurso principal o eludir otras a punto de brotar; incluso, de marcar el ritmo de la narración. Se diría, pues, que a un primer cometido cohesivo, sigue como corolario una función organizadora de primera magnitud, de la que nos hemos ocupado en otra ocasión¹⁵. O quizá resulte justamente al revés: de la capacidad del narratorio para distribuir las materias y medir el compás en cada momento o caso concreto, se deriva como consecuencia, a posteriori, que dota de unidad a la obra globalmente considerada.

No obstante, al hablar de la unidad de distintos componentes no queremos significar univocidad ni, desde luego, adoptar un planteamiento simplificador. Nos parece que la ambigüedad encontrada en todas las dicotomías que reúne el libro es inherente a su desarrollo y, lo diré sin ambages, corresponde punto por punto a la intención del autor, quien, de manera consciente, ofrece tanto consejas como consejos en el plano de la enunciación primera, unidas después en el mismo narrador y el mismo destinatario, en un solo libro:

Mucho te digo que deseo decirte, y mucho dejé de escribir, que te escribo. Haz como leas lo que leyeres y no te rías de la conseja y se te pase el consejo; recibe los que te doy y el ánimo con que te los ofrezco: no los echés como barreduras al muladar del olvido. Mira que podrá ser escobilla de precio; recoge, junta esa tierra, métela en el crisol de la consideración, dale fuego de espíritu, y te aseguro hallarás algún oro que te enriquezca» (I, «Al discreto lector»).

Por otra parte, en modo alguno puede considerarse con sensatez que la indeterminación que se halla en el polo de la recepción le pasase desapercibida a Mateo Alemán en tan

13. Sevilla (1997: 86-87), palabras escritas sobre el *Viaje de Turquía*, que bien se pueden predicar de nuestra obra.

14. También a juicio de Barry Ife (1985: 118-119), se superan las dificultades de la naturaleza de la relación entre lo narrativo y lo digresivo y la cuestión de la sinceridad de la conversión de Guzmán, gracias a la capacidad interlocutiva de la novela: «I will want to suggest that both these issues, which have dominated *Guzmán* criticism for some time, tend to solve themselves if we take into account the reader's function in the reading of the book and, in particular, the way the book's structure is determined by an awareness that it will eventually be read». Darío Villanueva (1991: 148) sostiene el mismo pensamiento y más tajante resulta Michel Cavillac (2001: 322), para quien el «verdadero nexo entre las *consejas* y los *consejos* lo constituye el narratorio [...]».

15. Lucero (2010).

extensa creación, sobre todo después del evidente proceso reflexivo que precede el intento de la Segunda Parte, acometido apócrifo mediante¹⁶. Téngase en cuenta que desde el mismo arranque del capítulo primero del primer libro de esta Segunda Parte, de manera paralela al inicio de 1599, se alude inmediatamente al narratario:

Comido y reposado has en la venta. Levántate, amigo, si en esta jornada gustas de que te sirva yendo en tu compañía; que, aunque nos queda otra, para cuyo dichoso fin voy caminando por estos pedregales y malezas, bien creo que se te hará fácil el viaje con cierta promesa de llevarte a tu deseo. Perdona mi proceder atrevido, no juzgues a descomedimiento tratarte desta manera, falto de aquel respeto debido a quien eres. Considera que lo que digo no es para ti, antes para que lo reprehendas a otros, que como yo lo habrán menester (II, 1, 1, 435).

Mateo Alemán es, pues, consciente de la importancia de este componente constructivo, de ahí que pretenda recuperarlo para el resto de la novela desde el primer instante, dado que su versatilidad, su potencialidad organizadora, la trabazón estructural que logra, lo convierten en indispensable.

No puede tampoco resultar casual que se empleen los mismos resortes en cualquier nivel del discurso textual, desde las preguntas y exclamaciones retóricas o las alusiones con verbos de percepción –llamadas testimoniales a los ojos conjugadas con el conocimiento previo representado a través de lo oído–, hasta la mención del tú en segunda persona o en el seno de un cómplice *nosotros* que instala en la plaza de Guzmán al destinatario de turno ya sea el narratario principal, un oyente representado, el propio Guzmán monologando o cualquiera de los receptores de la fábula, hecho que contribuye a la unidad textual del conjunto. Menos aún la propensión constructiva de que gozan muchos de estos medios.

Pero no solo enlaza elementos muy diferentes o materiales dispares al permitir la trasiición de unos a otros, sino que modifica su tenor o, incluso, suscita su misma aparición. Recordaremos aquí cómo le resulta imposible omitir sus orígenes al pícaro para articular un discurso lógico y, en consecuencia, convincente, por lo que se ve obligado a conceder la narración del encuentro de sus padres.

El deseo que tenía, curioso lector, de contarte mi vida me daba tanta priesa para engolfarte en ella, sin prevenir algunas cosas que, como primer principio, es bien dejarlas entendidas –porque, siendo esenciales a este discurso, también te serán de no pequeño gusto–, *que me olvidaba de cerrar un portillo por donde me pudiera entrar acusando cualquier terminista de mal latín, redarguyéndome de pecado, porque no procedí de la difinición a lo difinido, y antes de contarla, no dejé dicho quiénes y cuáles fueron mis padres y confuso nacimiento* (I, 1, 1, 83).

Sin embargo, el caso de más relieve de orientación interpretativa es de mayor envergadura. Me refiero, por supuesto, a la autobiografía misma. Conviene, en efecto, apostillar que el signo ejemplarizante de las aventuras de Guzmán no procede del relato primopersonal

16. Para algunas precisiones sobre este asunto, puede verse la «Introducción» de David Mañero (2003) a su ed. de Mateo Luján; asimismo, Mc Grady (1968) y Brancaforte (1996).

per se, sino que viene dado desde la interlocución en el marco dialogístico¹⁷. De la sucesión de los hechos de la vida de Guzmán no habría por qué extraer una consecuencia moral; de ahí las precauciones que acabamos de observar en el paratexto citado: «no te rías de la conseja y se te pase el consejo». Es posible, por tanto, piensa Alemán –y el propio narrador en el ámbito del discurso– efectuar una lectura ajena a este planteamiento, destinada exclusivamente a lograr entretenimiento. El sentido didáctico y ascético de la narración se marca desde la interlocución; desde la interlocución inmanente, quiero decir. Entre otras muchas muestras en este sentido, valgan las siguientes:

Y es imperfección, y aun liviandad notable, comenzar las cosas para no fenecerlas; en especial, si no las impiden súbitos y más graves casos, pues en su fin consiste nuestra gloria. La mía *ya te dije que sólo era de tu aprovechamiento, de tal manera, que puedas con gusto y seguridad pasar por el peligroso golfo del mar que navegas; yo aquí recibo los palos y tú los consejos en ellos. Mía es la hambre y para ti la industria, como no la padezcas. Yo sufro las afrentas de que nacen tus honras* (II, 1, 1, 437).

Ya dirás que te predico y que ¿cuál es el necio que se cura con médico enfermo? Pues quien para sí no alcanza la salud, menos la podrá dar a los otros [...] ¿Qué nos podrá decir un malo, que no sea malo? No te niego que lo soy; mas aconteceráme contigo lo que al diestro trinchante a la mesa de su amo, que corta curiosa y diligentemente la pechuga, el alón, la cadera o la pierna del ave; y, guardando respeto a las calidades de los convidados a quien sirve, a todos hace plato, a todos procura contentar; todos comen, todos quedan satisfechos, y él solo sale cansado y hambriento. A mi costa y con trabajos propios descubro los peligros y sirtes, *para que no embistas y te despedaces ni encalles adonde te falte remedio a la salida* [...] Premios y penas conviene que haya. Si todos fueran justos, las leyes fueran impertinentes; y si sabios, quedarán por locos los escritores. Para el enfermo se hizo la medicina, las honras para los buenos y la horca para los malos [...] Mas, como ni el retórico siempre persuade, ni el médico sana ni el marinero aporta en salvamento, habréme de consolar con ellos, cumplidas mis obligaciones, *dándote buenos consejos y sirviéndote de luz*, como el pedreñal herido, que la sacan dél para encenderla en otra parte, quedándose sin ella. De la misma forma, el malo pierde la vida, recibe castigos, padece afrentas, dejando a los que lo ven ejemplo en ellas (II, 1, 1, 438-440).

Y ese estatuto es lo que debe justificarse; más, si cabe, que el relato de la propia vida, cuyo compromiso depende de las garantías que se ofrezcan en relación con lo doctrinal: «Preguntarásme: “¿Dónde va Guzmán tan cargado de ciencia? ¿Qué piensa hacer con ella? ¿Para qué fin la loa con tan largas arengas y engrandece con tales veras? ¿Qué nos quiere decir? ¿Adónde ha de parar?”» (I, 2, 7, 270)

Proponemos, así, la hipótesis de que la recepción inmanente queda a cargo en primera instancia de un papel de mediación hermenéutica¹⁸. El narratorio debe decidir, por

17. Según Cavillac (2001), el narratorio «es quien justifica [...] la función didáctica». Creo que la misma preocupación subyace en el interés de Sobejano (1959 y, sobre todo, 1977) por las peculiaridades del monólogo «hacia» que constituye, en palabras suyas, *Guzmán de Alfarache*.

18. No todos coinciden en esta interpretación. De la omisión de la diferencia entre planos diversos en la recepción inmanente se sigue en algunos que la apelación de la novela se dirige, sin mediación de ninguna índole, al lector, si bien muchas de las apreciaciones que presentan sobre este, por el carácter inmanente que le confieren en general o de que lo adornan en algunos contextos, deben referirse al narratorio. Un ejemplo destacado en este orden, es la contribución de Helen Reed, quien sostiene, en el marasmo terminológico de

ejemplo, y no es cuestión menor, sobre la sinceridad de la conversión o, lo que es lo mismo, sobre el carácter del narrador, a quien conocemos a través del filtro de las sucesivas recepciones intratextuales y, en el extremo, sobre la legitimidad de su autobiografía. Por este motivo, toda la retórica se subordina a su presencia, a obtener su *placet*.

Por otra parte, el carácter dialogístico del marco que contiene la autobiografía da cuenta, en el trance de la persuasión, de la necesaria previsión de respuesta de parte del oyente de modo que o bien se argumenta contra la postura previa que de manera presumible o constatada ha adoptado este, o bien se autoriza el discurso por sí mismo pero, tanto en un caso como en otro, la comparecencia del narratorio determina un enriquecimiento del punto de vista único y dual que la crítica tradicional suele venir asignando al *Guzmán de Alfarache*. Este hecho resulta incuestionable cuando el destinatario toma la palabra o se interpreta que lo ha hecho para aducir una postura que no corresponde a Guzmán ni a Guzmanillo, las dos perspectivas en juego según los autores aludidos: «y, aunque te oigo murmurar que es muy de ladrones y rufianes no soltarlo de la mano, fingiéndose devotos de Nuestra Señora, piensa y di lo que quisieres como se te antojare, que no quiero contigo acreditarme» (I, 2, 3, 231).

La propia interpretación de la obra, en cuanto que el relato, globalmente considerado, se subordina a la recepción inmanente, queda en suspenso desde el momento en que el rasgo más acusado del narratorio es la indeterminación, habida cuenta de que la ambigüedad de la situación comunicativa y, por tanto, del propósito del intercambio, no se puede soslayar mientras la narración no pase por el cedazo distanciador del lector implícito. Así pues, el portillo del *Guzmán* no queda tan cerrado como se ha querido ver muchas veces. La propia diversidad de opiniones en el seno de los comentaristas de la obra, siempre asentadas, con mayor o menor fundamento, sobre la literalidad del texto, me parece un índice de la posibilidad de diversas lecturas que alberga, que, precisamente, brotan de la complejidad de la recepción inmanente.

Bibliografía

- BRANCAFORTE, B. (1996): «Introducción» a su ed. de Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*. Madrid: Akal.
- CABO ASEGUINOLAZA, F. (1992): *El concepto de género y la literatura picaresca*. Universidade de Santiago de Compostela.
- CAVILLAC, M. (2001): «El diálogo del narrador con el narratorio en el Guzmán de Alfarache de Mateo Alemán», en *Criticón*, 81-82, (Ejemplar dedicado a: Voces Aureas: La interlocución en el teatro y en la prosa del Siglo de Oro. Seminarios de la Casa de Velázquez, Madrid, 3-4 de abril de 2000 y 15-16 de enero de 2001), pp. 317-330.
- CHATMAN, S. (1990) [1978]: *Historia y discurso (la estructura narrativa en la novela y en el cine)*. Madrid: Taurus.
- CROS, E. (1971): *Mateo Alemán: Introducción a su vida y a su obra*. Anaya: Salamanca.

su obra, que: «Whereas the narrator of *Lazarillo* addresses his autobiography to the real reader through the presence of a fictitious reader, Vuestra Merced, and the work shifts and changes in tone in response to a kaleidoscope of *destinataries*, nothing intercedes between Mateo Alemán's tortured and emotional harangue and the hypothetical reader» (Reed, 1984: 63). Nótese que la arenga procede directamente de Alemán.

- GULLÓN, R. (1983): *La novela como acto imaginativo*: Madrid: Taurus.
- IFE, B. W. (1985): *Reading and fiction in Golden-Age Spain. A platonist critique and some picaresque replies*, Cambridge University Press.
- LUCERO SÁNCHEZ, E. (2007): «De la autobiografía al diseño pseudodialogístico. La insuficiencia explicativa del punto de vista único. El caso de Guzmán de Alfarache», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXXXIII (2007), pp. 65-87.
- (2007b): «Aproximación a la recepción inmanente como instrumento de análisis de *Guzmán de Alfarache*», *Espéculo* (Revista de estudios literarios), 36, julio-octubre de 2007, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid (UCM). [<http://www.ucm.es/info/especulo/numero36/guzman.html>].
- (2008): «Posibilidades y límites a la interpretación de *Guzmán de Alfarache* desde las figuras de la recepción», en María Cecilia Trujillo Maza (Dir. y coord.), *Actas del IV Congreso de ALEPH, «Lectores, editores y audiencia: la recepción en la literatura hispánica»*, Barcelona, pp. 310-316
- (2010): «La función organizativa del narratario en *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán», en Civil, Pierre; Crémoux, Françoise (eds.): *Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Nuevos caminos del hispanismo. Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert 2010, 158 p. + CD.
- MAÑERO, D. (2003): «Introducción» a *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache: Edición crítica y estudio*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Filología Española.
- MC GRADY, D. (1968): *Mateo Alemán*. New York: Twayne Publishers.
- PRINCE, G. (2001) [1973]: «El narratario», en E. Sullá (ed.), *Teoría de la novela. Antología de textos del siglo XX*. Barcelona: Crítica, 2001 (2ª ed) [tomado de G. Prince, «Introduction à l'étude du narrataire», *Poétique*, 14, 1973, pp. 178-196, trad. de D. Roas: 178-180; 182-185; 187-189; 190; 192-193; 195 y 196], pp. 151-162
- REED, H. (1984): *The Reader in the Picaresque Novel*. London: Tamesis Books Ld.
- REIS, C. y LOPES, A. C. M. (1996) [1987]: *Diccionario de narratología*. Salamanca: Ediciones Colegio de España.
- REY, A. (1979): «La novela picaresca y el narrador fidedigno», *Hispanic Review*, vol. XLVII, núm. 1, pp. 55-75.
- SEVILLA ARROYO, F. (ed.) (2003): *Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache*, Área y Random House Mondadori, Barcelona, 2003.
- (1997): «Diálogo y novela en el *Viaje de Turquía*», *RFE* LXXVII, pp. 69-87.
- SMITH, H. S. D. (1978): «The Pícaro Turns Preacher: Guzmán de Alfarache's Missed Vocation», en *Forum for Modern Language Studies*, 14, pp. 387-397.
- SOBEJANO, G. (1959): «De la intención y valor del Guzmán de Alfarache», *Romanische Forschungen*, LXXI, pp. 267-311.
- (1977): «De Alemán a Cervantes: monólogo y diálogo», en *Homenaje al profesor Muñoz Cortés*, II, Murcia pp. 713-729.
- VILLANUEVA, Darío (1991) [1985]: «Narratario y lectores en la evolución formal de la novela picaresca» [1985], en D. Villanueva, *El polen de ideas*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, 1991, pp. 131-160.v